

**PREGÓN**  
**COFRADÍA DEL CARMEN**

**Salinas, 24 de junio de 2023**

**(Dña. Teresa Sanjurjo, directora de la Fundación Princesa de Asturias)**

Sr. Párroco de Salinas,

Sr. alcalde de Castrillón y miembros de la Corporación Municipal de Castrillón,

Sr. Hermano Mayor y Junta de Gobierno de la Cofradía de Nuestra Señora del Carmen,

Sra. presidenta de la Fundación Princesa de Asturias,

Sr. presidente de la Asociación de Vecinos de Salinas,

Representantes de las Juntas de Hermandades y Cofradías de Avilés, Oviedo y Gijón,

Señoras y señores,

Queridos amigos:

Uno de los más arraigados recuerdos de mi infancia en Castropol es la celebración de la procesión del Carmen por la Ría. En aquellos tiempos, hace ya años, todavía quedaban barcos pesqueros, y salían con las lanchas de pasaje, los botes de vela de los Pachos, pequeñas lanchas e incluso chalanos. Casi no había, por aquel entonces, ni fibra de vidrio ni grandes motores. Desde Figueras, sacaban la imagen de la Virgen y recorría los tres pueblos ribereños, donde a su paso se le rendía homenaje tirando voladores. En la boca de la barra, ya casi en el mar, se celebraba una breve y emocionante ceremonia, arrojando flores por los padres, los hermanos, los maridos y los hijos que nunca volvieron. En muchas ventanas, balcones y terrazas había banderas. Era un día especial. Sigue siéndolo.

Quería comenzar mis palabras evocando este recuerdo infantil para poder transmitir adecuadamente tanto mi agradecimiento por la invitación a pronunciar este pregón como mi responsabilidad al aceptarlo. Soy consciente del significado de este acto y también del

listón marcado por mis predecesores, que lo han sido con más motivos que yo: María Teresa Álvarez y José Manuel Vaquero, personas a las que me une, sobre todo, un gran cariño, y Luis Fernández-Vega, con quien comparto, además, ilusión y desvelos por la Fundación Princesa de Asturias.

Pensaba asimismo si seré capaz de lograr que mis palabras reflejen mi admiración por personas como vosotras, unidas por sentimientos de solidaridad, de comunidad, una unión construida con vocación de servicio y además firmemente basada en la religiosidad, en el culto a la Virgen del Carmen; si lograré que quienes me estáis escuchando lleguéis a saber cuánto admiro vuestra capacidad para trabajar por el bien común, para trasladar a la sociedad los valores del trabajo compartido, del esfuerzo colectivo, de la ambición constante por mejorar; pensaba en lo innecesario que es intentar con mis palabras animaros a seguir adelante, teniendo en cuenta que os considero profundamente convencidos de la utilidad de lo que hacéis y que os movéis con entusiasmo, libremente y con un cariño activo hacia vuestra labor; si seré capaz, en definitiva, de transmitir os cómo vuestra fortaleza y vuestra entrega nos mueven a los demás a sentir admiración y respeto por vuestra obra.

Por eso, mientras reflexionaba sobre estas cuestiones, llegaron a mi mente imágenes que, quiero creer, tienen relación con este día. Mis recuerdos vuelven a viajar hasta los botes engalanados, las flores lanzadas al agua, los cohetes estallando en el cielo... Lo recuerdo con alegría y también con la certeza de que algo más grande que nosotros nos sobrevuela en días como aquellos, en días como este.

El mar. ¿Representará el mar para los cofrades que hoy me escucháis lo mismo que representa para mí? Mar de la libertad, de la alegría, de la vida. Y también mar inclemente, mar peligroso, mar poderoso. Sí, es cierto. Porque el mar ha sido siempre metáfora de eterno retorno y de un mundo grande, sin fronteras, en el que es preciso navegar con buen rumbo, con prudencia en el gobierno de la nave, tratando de llegar a un puerto seguro, sople el viento que sople. Y siempre ha sido ejemplo de esfuerzo, metáfora de la incertidumbre y también de la necesidad de valor, de fortaleza. Metáfora, en definitiva, de la mejor actitud que los seres humanos debemos adoptar ante las circunstancias que atravesamos a lo largo de nuestra existencia. Como reza el hermoso verso clásico que tanto le gusta recordar, casi como un lema para su vida, a un buen amigo mío: «No hay ningún viento favorable para quién no sabe adónde va».

No puede sorprendernos, por tanto, que sea del mar de donde nos llegue, en forma de madre protectora, el consuelo. Una guía que, inesperadamente, milagrosamente, surge de las aguas para protegernos y recordarnos que debemos encomendarnos a algo o a alguien superior.

Al hilo de mis recuerdos, sigo reflexionando sobre un pasado que regresa para traerme de nuevo el entusiasmo y la esperanza de la juventud que tantas veces sentí en días como este. Para traerme de nuevo a la mente que fue en momentos como aquellos, cuando alcancé a entender que pocas cosas son tan decisivas en nuestra vida como tomar conciencia de que formamos parte de una comunidad articulada en torno a valores irrenunciables y que es preciso siempre resaltar el espíritu de superación, la sana ambición de crecer y trabajar esforzadamente.

La mayor parte de los cofrades que hoy me acompañáis sois, lo sé, jóvenes. Y eso es admirable, pues aunque la juventud se asocia en ocasiones con la inconstancia y la falta de compromiso, no creo en absoluto que vosotros seáis así. Al contrario. Estoy convencida de que sois constantes, coherentes y rigurosos; quizá apasionados, sí, porque os mueven la devoción y la fe sinceras, pero también la medida, la humildad y el respeto. Con todos esos elementos, creo que tendréis siempre de vuestro lado al bien, a la honradez y a la autenticidad.

No me considero capaz, por otra parte, de aconsejaros nada. Pero sí quiero compartir con vosotros las convicciones que me acompañan y que días como este, recuerdos como los que hoy me invaden, la memoria de tantas fiestas dedicadas a la Estrella de los Mares, me han ayudado a fortalecer en mi interior y que me ayudan a superarme, siendo fiel a mí misma, persiguiendo la honradez, la imprescindible libertad. Intento de ese modo construir el mejor futuro para mí y para mis seres queridos, y para todos aquellos que me rodean, que trabajan a mi lado, que me acompañan de una u otra forma en el camino de la vida.

Ya en otras ocasiones me he servido de unas palabras de Jovellanos que creo que resumen a la perfección una idea que también hoy aquí quiero hacer mía. Definía don Gaspar la felicidad del ser humano como «aquella interna satisfacción, aquel íntimo sentimiento moral que resulta del empleo de nuestras facultades en la indagación de la verdad y en la práctica de la virtud». Esa felicidad sigue siendo esforzadamente buscada en nuestros días. Creo que sois muy conscientes de ello. Esa felicidad, que se alimenta de la

coherencia, de la honradez y sí, claro está, de la verdad y la virtud, sigue siendo anhelada, deseada, como el mejor de los bienes que puede atesorar el ser humano. Sigue siendo además imprescindible acompañarla de la reflexión, de la trascendencia, de la autenticidad.

Y en ese camino, ¿necesitamos una guía? Cuando hay demasiado ruido a nuestro alrededor, cuando podemos a veces sentirnos desalentados, si sentimos que nuestras fuerzas flaquean, sí, podemos necesitar una guía. Somos conscientes de la permanente dualidad de las cosas humanas y en algún momento de este progresivo proceso de conocimiento, encontrar en qué apoyarnos, a quién acudir puede ser imprescindible.

Ese deseo de trascender a una vida en la que primen la bondad, la solidaridad, el altruismo y la concordia es la verdadera naturaleza del ser humano íntegro. Porque, lo sabemos bien, la vida está llena de retos y dificultades. Pero también de alegría y belleza, de amor y de luz. Y la búsqueda del equilibrio, el ansia por alcanzar la serenidad para afrontar nuestro camino es más sencilla si se hace en compañía.

Una experiencia como esta, una actividad como la que hoy nos congrega es un canto a esa felicidad del compartir, al deseo de convivir en armonía. Es un canto a la exaltación de la fe, de las creencias firmes, de la voluntad de construir algo mejor, un mundo mejor. Por eso me impresiona tanto. Por eso nos emociona a todos.

Mi tarea en la Fundación Princesa de Asturias me ha ofrecido la oportunidad de conocer a muchas personas que llevan a cabo una labor genuinamente solidaria, que comparten conocimiento y que lo extienden, en beneficio de todos. Personas con firmes vocaciones, entregadas a sus distintas tareas con entusiasmo y convicción. Lo ha afirmado en múltiples ocasiones Su Majestad el Rey, como cuando en el año 2016, en el teatro Campoamor, dijo: «Nuestros premiados habéis sido la representación más alta y brillante de ese afán por hacernos mejores personas, de ese anhelo por hacer un mundo mejor donde prevalezcan la concordia, el respeto y la solidaridad». La unión de saberes y conocimientos; el intercambio y el diálogo entre las ciencias y las humanidades; el arte que convive con la concordia; el deporte solidario o la cooperación son las bases de ese ejemplo y esa enseñanza que podemos extraer de la vida y la obra de nuestros galardonados. Y también lo ha dicho Su Majestad el Rey: «No hay ninguna gran obra, ninguna gran creación, que no haya surgido desde los más auténticos sentimientos».

Vosotros sois también ejemplo de todo ello: de sentimientos auténticos, desde luego. Y también de unidad, de diálogo, de cooperación y de concordia. Por eso hoy, en este acto de devoción y entrega, destacan la trascendencia de vuestra labor y vuestra fe sincera y fructífera.

Yo tan solo pongo palabras a lo que otros muchos sienten y saben: que seguís hermanados construyendo una vida mejor para todos; que lo hacéis confortados por la fe y la devoción, que os mueven a la solidaridad y al amor fraterno; que no os desanimáis ni perdéis el rumbo pues, al contrario, vuestra fe os guía y os fortalece.

Y al final, tras toda esta reflexión mía, resuena en mis oídos una palabra: esperanza. La juventud es esperanza. Es esperanza en el futuro. Todo lo que os queda por vivir, bueno y malo, grande o pequeño, luminoso u oscuro, estará siempre protegido y reforzado por vuestra fe, por vuestra confianza en la grandeza de esta virgen del Carmen que hoy nos mira y nos sonríe. La esperanza es también vuestra fortaleza. Porque es la que os hace mirar hacia adelante sin miedo, con alegría. La esperanza es la que os animará a hacerlo, la que construirá en vuestro interior los cimientos de una vida digna. Es la esperanza la que os dará alas y un rumbo. Y ella, la esperanza, que la virgen del Carmen imprime en vosotros, es la que os hará más libres y mejores, más fraternos y humanitarios.

Por todo ello, os felicito de todo corazón mientras resuena en mis oídos la alegría de las procesiones por la Ría, se renueva en mi interior aquella celebración compartida y crece de nuevo dentro de mí la confianza en el futuro. Vosotros sois hoy ejemplo y símbolo de cómo se debe trabajar para construir un mundo mejor para todos. De cómo desde lo más pequeño, desde la individualidad, se llega a lo más grande, se construye el futuro y se comparte el bienestar. Sois un ejemplo de lo que merece la pena ser vivido, de lo que merece la pena ser siempre recordado. Ejemplo de bien, de bondad y de verdad.

Enhorabuena y muchas gracias.